

ELISA. — No os encolericéis.

HARP. — ¡Es extraño que mis propios hijos me traicionen y se conviertan en mis enemigos!

CLE. — ¡Es ser enemigo vuestro, decir que poseéis bienes!

HARP. — Sí. Tales palabras, y los gastos que hacéis, serán causa de que un día de éstos me vengan a cortar la garganta en mi casa, en la creencia de que estoy todo forrado de monedas de oro.

CLE. — ¡Cuáles son los grandes gastos que hago yo?

HARP. — ¡Cuáles? ¡Hay nada más escandaloso que ese tren suntuoso que paseáis por la ciudad? Yo amonestaba ayer a vuestra hermana, pero esto es aún peor. Esto clama venganza al cielo; con lo que lleváis puesto de los pies a la cabeza, hay para formarse una buena renta. Os lo he dicho veinte veces, hijo mío; vuestra conducta me disgusta bastante; os empeñáis en parecer un marqués; y, para ir así vestido, es necesario que me robéis.

CLE. — ¡Eh! ¿cómo robaros?

HARP. — ¡Qué sé yo! ¿De dónde podéis tomar lo necesario para ir como vais?

CLE. — ¡Yo padre! es que juego, y como soy muy afortunado, me pongo encima todo el dinero que gano.

HARP. — Muy mal hecho. Si sois afortunado en el juego, debierais aprovechar, y colocar a un honesto interés el dinero que ganáis, a fin de encontrarlo un día. Yo quisiera saber, pasando por alto el resto, para qué sirven todas esas cintas de que estáis cargado de pies a cabeza, y si media docena de agujetas no bastan para atar un calzón. ¡Es muy necesario gastar dinero en pelucas, cuando uno puede llevar cabellos propios, que no cuestan nada! Apuesto que en pelucas y cintas hay por lo menos veinte pistolas; y veinte pistolas producen anualmente diez y ocho dineros, colocándolas tan sólo al ocho por ciento.

CLE. — Tenéis razón.

HARP. — Dejemos eso, y hablemos de otras cosas. (Observando que Cleanto y Elisa se hacen señas) ¡Eh! (Bajo, aparte) Creo que se hacen señas de robarme

mi bolsa. (Alto) ¿Qué quieren decir esos gestos?

ELISA. — Discutíamos, mi hermano y yo, sobre quién hablaría primero, tenemos ambos algo que decirnos.

HARP. — Y yo, también tengo algo que decirnos a ambos.

CLE. — Es de boda, padre, que deseamos hablaros.

HARP. — Y es de boda, también, que quiero conversar yo con vosotros.

ELISA. — ¡Ah, padre mío!

HARP. — ¡Por qué esta exclamación? ¿es la palabra, hija mía, o la cosa lo que os atemoriza!

CLE. — La boda puede atemorizarnos a los dos, según cómo la entendáis vos; tememos que nuestros sentimientos no estén de acuerdo con vuestra elección.

HARP. — Un poco de paciencia. No os alarméis. Sé lo que os hace falta a los dos, y no tendréis motivo, ni uno ni otro, para quejaros de lo que pretendo hacer; y para empezar por el principio (A Cleanto) ¡habéis visto, decidme, a una joven llamada Mariana, que habita no lejos de aquí?

CLE. — Sí, padre.

HARP. — ¡Y vos!

ELISA. — He oído hablar de ella.

HARP. — ¡Cómo, hijo mío, encontráis a esta muchacha?

CLE. — Encantadora.

HARP. — ¡Su fisonomía!

CLE. — Muy decente y llena de espíritu.

HARP. — ¡Su aire y sus maneras!

CLE. — Admirables, sin duda.

HARP. — ¡No creáis que una muchacha como ésa merece bien que se piense en ella!

CLE. — Sí, padre mío.

HARP. — ¡Que sería un partido deseable!

CLE. — Muy deseable.

HARP. — ¡Que promete ser una buena ama de casa!

CLE. — Sin duda.

HARP. — ¡Y que un marido estaría contento con ella!

CLE. — Seguramente.